

PEDRO CARASA SOTO, *PAUPERISMO Y REVOLUCIÓN BURGUESA (BURGOS, 1750-1900)*, Universidad de Valladolid, Biblioteca de Castilla y León, serie Historia, nº 4, 1987 (666 pp.).

Habiendo dedicado unos diez años a reflexionar sobre los problemas del pauperismo y a investigar sobre la pobreza y la asistencia social en el Madrid del siglo XVIII, me es grato presentar esta reseña del libro del profesor Carasa Soto, versión abreviada de su tesis doctoral, que constituye una aportación importante a la historiografía de la pobreza y la beneficencia en España. Esta obra marca, en efecto, una ruptura (que espero sea decisiva) con la tradicional historia institucional representada por los trabajos de A. Rumeu de Armas y M. Jiménez Salas: adoptando las vías metodológicas abiertas por los historiadores extranjeros (ingleses y sobre todo franceses), el profesor Carasa sigue un doble objetivo:

1. Llegar a una definición histórica de la pobreza durante el período de transición entre Antiguo Régimen y época contemporánea que corresponde a las reformas ilustrada, liberal y burguesa.

2. Relacionar entre sí como tres factores de una misma situación histórica sociedad, pobreza y beneficencia en un espacio -el de la provincia de Burgos- que conoce en ese período una evolución demográfica, económica y social peculiar.

El libro está dividido en tres partes precedidas por un largo capítulo bibliográfico y metodológico que define acertadamente el enfoque adoptado por el autor. Apoyándose particularmente en los trabajos de J.P. Gutton y J. Soubeyroux, ampliamente citados y utilizados en este capítulo inicial, P. Carasa analiza detenidamente las fuentes para la historia del pauperismo (fuentes tradicionales y otras fuentes utilizables), la evolución de la concepción de la pobreza (factores estructurales y coyunturales) para llegar a una caracterización de la pobreza, vista desde sí misma y contemplada desde la sociedad que le permite diferenciar una ética y una religiosidad del pobre, una concepción propia del espacio y del tiempo que se oponen a la visión que tienen de la pobreza las clases dirigentes y que nos transmiten casi todos los textos de esa época. Esta reflexión fecunda conduce a una propuesta personal de clasificación integral de los pobres en tres grandes áreas llamadas «pauperizables», «pauperizados» y «asistidos», que corresponden a las tres situaciones del pobre en el contexto sociedad-pobreza-beneficencia. Son estas tres áreas las que definen las tres grandes partes del libro: sociedad, pauperismo, beneficencia.

La primera parte, titulada «Las bases socio-económicas de la pobreza y de la beneficencia burgalesa», define las estructuras fundamentales de la sociedad burgalesa entre 1750 y 1900. No pretende el autor llevar a cabo un estudio exhaustivo de la economía y la sociedad burgalesas, sino sólo esbozar el marco en que se encuadran el pauperismo y las instituciones benéfico-asistenciales, poner de manifiesto las fuerzas económicas y sociales que intervendrán en la actividad benéfica como oferta económica, y los grupos inferiores, estudiados tanto al nivel provincial burgalés como al nivel urbano de la capital, que representarán la demanda social. A mi parecer, los análisis de P. Carasa van a menudo más allá de lo anunciado, ofreciendo al lector una

acertada caracterización de la sociedad burgalesa y de su evolución (a veces hasta bien entrado el siglo XX) a partir de un examen atento de los censos de los siglos XVIII y XIX (desde el catastro de La Ensenada y los censos de Floridablanca y Godoy, hasta los de 1860, 1877, 1887). Me contentaré con subrayar algunas de las conclusiones sacadas por P. Carasa:

- Un crecimiento demográfico inferior a la media nacional (el peso relativo de la provincia de Burgos desciende del 2,4% nacional en 1750 al 1,5% en 1930).

- Unas tasas de natalidad y mortalidad altas, con fuertes oscilaciones coyunturales de tipo antiguo.

- Una escasa transformación de la estructura socio-profesional, con un sector primario que sigue reuniendo más del 70% de los activos a lo largo del período estudiado, un secundario endeble, dominado por una artesanía arcaica, que va declinando en el mismo momento en que despegaba una fuerza industrial moderna en otras zonas del país, y un terciario compuesto, sobre todo en la capital, por unas fuerzas carentes de importancia productiva y financiera (servicio personal y doméstico, fuerza pública, administración, clero y profesionales).

El estudio diacrónico de la situación económica muestra un estancamiento de las superficies cultivadas, una baja de la producción triguera y una depresión del sector artesanal a pesar de un intento frustrado de recuperación a mediados del XIX. Todos estos análisis sugieren ya un aumento de la demanda asistencial debido al proceso de pauperización de un porcentaje cada vez más alto de la población burgalesa. En la capital, las fuerzas que orientarán los cambios del XIX serán la Iglesia, la administración y el Ejército, sin ningún asomo de un capitalismo comercial que hubiera sido capaz de impulsar una verdadera transformación económica.

Sólo al nivel educativo y cultural descubre el autor unas tasas superiores al promedio nacional (2 escuelas por cada mil habitantes a fines del XVIII frente al 1,1 español, y un porcentaje de analfabetos del 58,5% en 1860 frente al 75,5% nacional), superioridad que P. Carasa explica por la influencia de la tradicional estructura terciaria y eclesiástica. Esta peculiaridad de la situación burgalesa cuya importancia aparece en otros momentos del libro, está confirmada por una encuesta colectiva en curso, realizada por investigadores de la Universidad de Montpellier, sobre la alfabetización en el siglo XVIII: el índice de alfabetismo, calculado a partir de los testamentos, baja un 13% en Burgos ya entre 1750 y 1800.

A nivel sanitario, a pesar de una dotación superior a la media nacional en cirujanos (pero inferior en médicos), la provincia padeció numerosas crisis y epidemias a lo largo del XIX (1804-1805, 1812-1813, 1833-1834, 1855, 1869, 1875, 1885). El análisis de la alimentación de los burgaleses revela una dieta deficitaria y desequilibrada (por ausencia de carne y pescado, y exceso de cereales y alcohol).

En conclusión de esta primera parte, el profesor Carasa subraya la estructura social arcaica y desequilibrada de la provincia burgalesa, con una agricultura rutinaria y estancada (lo que origina el éxodo rural hacia la capital), una escasa o nula industrialización que inducen una clara insuficiencia de recursos, trabajo y producción de riquezas. Este conjunto de deficiencias básicas condiciona la existencia de un

pauperismo que el autor califica «de transición», «representado en la figura ambigua del jornalero-peón, a mitad de camino entre el desarraigo rural y el nuevo obrero urbano, un trabajador manual de cualquier sector económico, sometido al paro estacional y con hábitos poco evolucionados» (p. 200).

La segunda parte del libro, titulada «El pauperismo en la sociedad liberal burgalesa» no se limita a un análisis de los archivos de las instituciones benéficas: aplicando las propuestas metodológicas presentadas en el capítulo inicial, el autor progresa en tres etapas, partiendo de los «pobres asistidos» (los más fáciles de conocer por las fuentes tradicionales) para pasar a los «pauperizados» y tratar de alcanzar, a través de ellos, a los «pauperizables».

Un análisis atento de los documentos de las instituciones benéficas rurales y urbanas permite a P. Carasa comparar los diferentes colectivos de asistidos y sacar unas conclusiones muy sugestivas:

- La inmensa mayoría de los «asistidos» (un 90%) no son mendigos tradicionales, sino campesinos colonos, jornaleros e incluso pequeños propietarios que, en un momento difícil del año o de su vida (vejez), tienen que acudir a las instituciones.

- En Burgos como en Madrid, la familia es entre los pobres un vínculo bastante débil, que no suele aportar soluciones a la miseria, sino acrecentarla. Sin embargo, se nota un progresivo avance del matrimonio entre los pobres asistidos a lo largo del XIX por influencia de los valores dominantes burgueses.

- En contra del tópico de la mayor fecundidad de las clases populares, el autor propone invertir el razonamiento, diciendo que tienen familia más numerosa por ser pobres, sino que son pobres por tener familia más numerosa.

- Los niños y adolescentes son, con los ancianos, las principales víctimas de la pobreza como lo confirma la sociografía de los asilados en el hospicio de Burgos, que P. Carasa define como «el receptáculo de las excrecencias familiares de aquella sociedad» (p. 246).

Para analizar el grupo de los pauperizados, el autor hace un examen crítico de los diferentes censos de pobreza elaborados por los municipios, documentos de gran interés, pero que dan resultados contradictorios según el fin para el cual estaban destinados: unos, de uso puramente local, son restrictivos, tendiendo a reducir el número de pobres para situarlo al nivel de los escasos recursos municipales; otros, destinados a la autoridad superior, tienden por lo contrario a exagerar la depresión socio-económica de la población para justificar una petición de subvención o de reducción de contribución. El autor se detiene en particular en el padrón municipal de Burgos de 1855, que enumera a todos los que cobran un jornal inferior a 7 reales (lo que podemos considerar como el umbral oficial de pobreza de la época) que arroja una tasa de un 29,3% de la población de la capital, mientras en el campo se registra un 21% de pauperizados a principios del siglo XX.

Pero, más allá de una cuantificación siempre discutible, lo que revelan los análisis de P. Carasa es la transformación en la composición interna del colectivo, en los factores pauperizadores que lo condicionan y, sobre todo, en su comprensión y clasificación por las clases dirigentes.

El análisis de los colectivos de «asistidos» y «pauperizados» permite al autor acercarse a lo que llama los «pauperizables», es decir todos los grupos sociales o personas que, en un momento coyuntural concreto, pueden perder la capacidad de subsistir con sus medios habituales. Analizando los diferentes censos desde el catastro de La Ensenada hasta el de 1900, P. Carasa valora este colectivo en un 50% de la población en la segunda mitad del XVIII, un 40 a 50% en 1860 y un 52% en 1900, en el conjunto de la provincia, mientras en la capital los pauperizables representarían entre el 60 y el 65% de la población.

La tercera parte del libro, la más larga, está titulada «La coherencia de la acción social de la burguesía», y presenta la beneficencia como respuesta concreta que la sociedad burgalesa ofrece al problema del pauperismo.

El autor parte de la herencia moderna, haciendo un inventario de las instituciones benéficas existentes en la provincia antes del siglo XVIII, y analizando su estructura económica y su organización administrativa. Este análisis muestra que tales instituciones, que fueron muy numerosas, en particular en el camino de Santiago, se hallan en avanzado proceso de decadencia, y totalmente inadaptadas a la demanda del pauperismo dieciochesco.

El segundo capítulo de esta tercera parte trata de valorar las consecuencias de la reforma ilustrada de la beneficencia, que el autor resume en tres rasgos fundamentales: concentración, reclusión y trabajo. Concentración por la reducción hospitalaria y la reunión de obras pías al hospicio. Reclusión y trabajo son las reglas que definen las instituciones nuevas, características de la Ilustración, como el hospicio de Burgos fundado por el arzobispo Rodríguez de Arellano, en cuyo papel determinante insiste el autor. Con unas fórmulas acertadas, P. Carasa define el significado de la reforma ilustrada de la beneficencia que, en Burgos como en otras ciudades, consiste en una inversión del orden de prioridad en la asistencia: «Hay que proteger, no al pobre, sino a la sociedad que es agredida, amenazada y desordenada por el mendigo» (p. 452).

De paso, el autor subraya también la importancia de la primera desamortización de 1798-1808, que muchas veces fue minusvalorada en su volumen y trascendencia. Un examen detenido del proceso de desamortización muestra que cerca del 50% de los bienes del conjunto asistencial burgalés se desamortizaron en esos años, con unas consecuencias decisivas para el porvenir: pérdida de la identidad de las instituciones, caída de su armazón institucional y de su estructura económica.

En la conclusión de este capítulo, P. Carasa recalca la importancia de la reforma ilustrada, que se prolonga hasta la tercera década del XIX: «la reforma ilustrada de la beneficencia fue revolucionaria en muchos aspectos, sembrando gérmenes que explican todo el proceso posterior. Inicia la nueva clasificación de la pobreza y la destrucción del viejo sistema particular; los nuevos modelos administrativos, que sólo cambiarán de protagonistas (de parroquiales a municipales, de diocesanos a provinciales), pero continuarán la composición colectiva con las fuerzas sociales interesadas; el nuevo esquema económico definitivamente ligado al erario público y, sobre todo, la expresa inclusión de la beneficencia en las coordenadas de la política económica y social al servicio de los objetivos dirigentes» (pp. 456-457).

Los tres últimos capítulos del libro están dedicados al análisis de «las transformaciones liberales de la beneficencia». Fiel a la metodología definida, el autor renunció al estudio separado de cada institución, y tampoco quiso seguir el orden cronológico: para subrayar mejor el papel de los grupos protagonistas de estas transformaciones, eligió presentar en tres capítulos los diferentes niveles de la reforma: la municipalización, la provincialización, la desamortización.

En contra de una visión superficial que consiste en creer que el paso de la caridad particular a la beneficencia pública significó la toma de control de la asistencia por el Estado, P. Carasa muestra que, en Burgos (y probablemente en muchas otras provincias) fueron las instancias intermedias del municipio y la provincia las que asumieron el papel asistencial en el XIX, y en primer lugar los municipios. Analizando la municipalización de las instituciones de asistencia, más importante en la capital que en los pueblos de la provincia y sus consecuencias económicas, administrativas y sociales, el autor muestra que tal reforma afecta a los destinatarios de la beneficencia, que ya no son las categorías tradicionales de pobres, sino la mayoría de las clases populares de la ciudad, con el objetivo de «proteger las bases de la convivencia urbana, tal como la conciben sus dirigentes, asegurar los servicios elementales de orden, abastecimiento, sanidad, enseñanza y moralización de las clases populares» (p. 514). Describe también las nuevas formas asistenciales del sistema burgués, como la obra laboral, el reparto de subsistencias, la asistencia fármaco-facultativa, insistiendo en la docencia benéfica.

Posterior a la municipalización, aunque tomando sus bases en la reforma ilustrada, la provincialización de la beneficencia se concretó en un primer tiempo en la toma de control del hospicio burgalés, pasando a fines del XIX a administrar la junta provincial las tres cuartas partes de los hospitales provinciales.

El último capítulo analiza el volumen y el impacto de la desamortización de Madoz en el área burgalesa. Rechazando los esquemas tradicionales que ven en la desamortización un «expolio» (M. Jiménez Salas), P. Carasa relaciona la desamortización con la municipalización y la provincialización, mostrando que fue la culminación del largo proceso de reforma iniciado por la Ilustración, la etapa decisiva de ruptura con la caridad del Antiguo Régimen y la condición necesaria para potenciar las reformas burguesas del XIX: «no sólo porque liberaron a las instituciones de desviaciones patrimoniales y capacidad de resistir, sino porque potenciaron el cambio de protagonistas y funciones benéficas, poniendo en mano de municipios y juntas provinciales la información y capacidad operativa para lograrlo» (p. 607).

La conclusión del libro, clara y bien enfocada, resume lo esencial del trabajo, recalcando los resultados y la significación del proceso reformador de la beneficencia burgalesa iniciado con las Luces y culminado con la sociedad burguesa:

«La sociedad burgalesa del siglo XIX no acertó, pues, a crear un sistema propio de asistencia social. Recogió la herencia moderna, se inspiró en la reforma ilustrada y realizó una transformación del viejo aparato en un doble y desigual sentido. Consiguió desmontar la naturaleza y personalidad de la caridad estamental, pero fue menos capaz de crear otro edificio asistencial propio, si exceptuamos la beneficencia municipal.

»En todo caso, el control del pauperismo y de los recursos asistenciales constituyó un importante instrumento para llevar a cabo la peculiar revolución burguesa castellana» (p. 653).

El libro de P. Carasa constituye un trabajo verdaderamente ejemplar desde varios puntos de vista:

- Por la amplitud de la información (sugerida por la bibliografía que encabeza el volumen aunque ésta queda limitada a los títulos fundamentales), que se funda tanto en fuentes manuscritas (sacadas de archivos nacionales, pero sobre todo provinciales y locales) como en fuentes impresas (tratados de los siglos XVIII y XIX, estudios contemporáneos). Esta bibliografía confirma en particular el perfecto conocimiento de los libros más recientes publicados en el extranjero sobre la cuestión del pauperismo.

- Por la originalidad de la reflexión: el profesor Carasa no se contenta con seguir los modelos trazados por los historiadores extranjeros. Una reflexión personal bien argumentada le permite definir un método de trabajo a tres niveles -sociedad, pauperismo, beneficencia- que se revela adecuado para poner de relieve las características del pauperismo burgalés y de la acción de la sociedad sobre los pobres.

- Por el rigor de la demostración: todo el libro aplica rigurosamente las propuestas metodológicas definidas en el capítulo inicial, mostrando su pertinencia por los resultados logrados. En un momento en que se multiplican los estudios regionales sobre el paso del Antiguo Régimen a la sociedad contemporánea (lo que B. Yun Casalilla llamó «la transición al capitalismo»), el libro de P. Carasa constituye un enfoque original para revelar los cambios económicos, sociales y mentales de una sociedad. Así queda justificada a posteriori la periodización escogida por el autor, que rompe con la adoptada en los estudios anteriores sobre el pauperismo, dedicados al Antiguo Régimen, o al siglo XVIII sólo.

Los resultados obtenidos por P. Carasa, las múltiples perspectivas abiertas por su libro hacen desear la realización de otros estudios, en diferentes provincias de España, que aplicando la misma metodología permitirían subrayar mejor la peculiaridad de la evolución burgalesa en ese período clave de su devenir histórico.

*Jacques Soubeyroux*

(Universidad de Paul Valéry -Montpellier III-)

V. CABERO, J.M. LLORENTE, J.I. PLAZA, C. POL (EDS.), *EL MEDIO RURAL ESPAÑOL. CULTURA, PAISAJE Y NATURALEZA. HOMENAJE A DON ANGEL CABO ALONSO*, Ediciones Universidad de Salamanca y Centro de Estudios Salmantinos, Salamanca, 1992, 2 vols. (1249 pp.).

Hace cerca de cuarenta años que en la revista de *Estudios Geográficos*, una de las publicaciones que durante tanto tiempo se mostró sensible a las preocupaciones del historiador agrario, Angel Cabo publicaba los estudios hoy ya clásicos de «La